



dras, y quedaron empotradas entre sí al enorme peso de cada una de ellas, formando un gigantesco arco de entrada.

Nos disponemos a penetrar en el interior de la caverna, pero para efectuarlo se necesita hacerlo arrastrándose como un reptil; echados en el suelo, y con las piernas delante, hay que avanzar así unos cuatro metros, pues el agujero de entrada no mide más de sesenta centímetros de alto por sesenta de ancho, y así llegamos al primer rellano, que va poco a poco dilatándose y ensanchándose hasta que deja hueco para poder ponerse en pie. Este recinto se llama «El Bot», y aquí hay que prepararse, puesto que la luz exterior se ha perdido por completo, a encender las lámparas y sujetar el hilo en un saliente de la peña, pues es el que ha de marcarnos la dirección para el regreso y medir al propio tiempo nuestro recorrido. En el fondo se abren tres caminos: uno a mano izquierda, que da al arenal; otro en el centro, y otro a la derecha, por donde vamos a continuar.

Salvando los innumerables obstáculos que se nos presentan y agarrándonos difícilmente a los peñascos resbaladizos por la acción del agua, que continuamente se desprende de la techumbre, llegamos a una especie de rotonda, donde se presentan continuamente a nuestra vista extrañas maravillas, fantásticas figuras, producidas por las incrustaciones del carbonato cálcico, que se forma al evaporarse el agua y perder parte del anhídrido carbónico, las infinitas gotas de agua que llevan en disolución bicarbonato cálcico. Pasamos algunas interesantes cavernas, por las que regularmente se podía caminar derecho, llegando por fin a una en cuyo centro se levanta un promontorio que es una verdadera maravilla; sobre el rellano de un montecillo, bordeada su cúspide por una muralla, se destacan en su centro las torrecillas de un castillo medieval; estalagmitas, diseminadas a trechos sobre las murallas, semejan almenas, y todo su conjunto es tan armónico, que parece más bien obra de algún ser superior que formación natural del agua en el transcurso de los siglos. Se llega a otra gruta cuyo techo está sembrado de estalagmitas, de distintas dimensiones, pero todas finísimas y muy afiladas en sus extremos. Seguimos avanzando según podemos, y distinguimos el fondo oscuro de un pasillo estrecho, cuyas paredes están adornadas por verdaderos monstruos extravagantes. Y por la boca de una de estas figuras nos introducimos para buscar el recinto donde, en el suelo y en el mismo centro, se levanta una preciosa estalagmita, semejante al Miguelete, de Valencia.

Dispuestos a arrostrar peligros, llegamos a otro departamento, en el que existen dos caminos irregulares: uno a la izquierda, que lleva por el agujero medio al «Bot», y otro a la derecha, que es por donde seguimos avanzando. Después de atravesar cuevas llenas de infinidad de cosas fantásticas, llegamos a la sala del Obispo, llamada así por existir en ella una estalagmita que se asemeja mucho a la silueta de un obispo. Seguimos adelante y, arrastrándonos por una difícil y peligrosa pendiente, llegamos a la sala llamada de las Columnas, por estar llena de estalactitas y estalagmitas, que, unidas entre sí por sus extremos, forman extrañas columnas, y en número bastante crecido. Una abertura existente a la derecha da acceso a cinco cuevas bellísimas, sembradas de caprichosas estalactitas y estalagmitas, de figuras raras, con chorros de agua petrificados. El camino de la izquierda es el que pasa a las entrañas del monte, y, siguiendo por él, llegamos a un departamento en el cual sobresale una hermosa piedra, a la que se han unido varias estalagmitas, dándole la foma de cabeza de toro. Debido a ello, se le da el nombre a aquella caverna de «Cap del Bou».

Para seguir adelante necesitamos echar mano de los pertrechos que llevábamos. Teníamos que bajar a una especie de pozo, lo que efectuamos valiéndonos de las escaleras portátiles. Insensiblemente, sin apenas darnos cuenta vamos avanzando dentro de un abismo sin límites. Estamos en las entrañas de la sierra, y es inútil formarnos una idea aproximada de la profundidad enorme.

Adosadas a las paredes del hueco por donde descendemos, y agarrados a los salientes peñascos, se distinguen moluscos de todas clases, enormes pulpos petrificados, carátulas extrañas y un sinfín de figuras grotescas que nos producen pavor a la par que admiración.

Arribamos a una rotonda, donde el continuo gotear del agua nos daba la sensación de que llovía copiosamente. Por allí abajo nos esperaban nuevas maravillas: grandes columnas naturales, como sosteniendo el techo, y, por todas partes, figuras caprichosas, con culebras enormes que se enroscan y monstruos marinos petrificados. Penetrando por el medio de aquellas figuras estrambóticas llegamos a un agujero pequeño, en que se advertía la señal de un barreno. ¿Quién se habría atrevido a ello? Inmediatamente nos encontramos en una hermosa cueva con esbeltas columnas, originadas por el continuo crecimiento de estalactitas y estalagmitas, cargadas de adornos finísimos y elegante escultura, que, a modo de gigantescos candelabros alabastrinos, dan a aquella gruta un aspecto de grandioso templo, dedicado al Dios creador de tantas maravillas.

Arrastrándonos —siempre resulta difícil la exploración— penetramos en una caverna, o cueva, de proporciones bastante extensas, en la que el carbonato cálcico se agrupa en concreciones y adornos maravillosos, que constituyen uno de los más grandes atractivos de la «Coveta de la Sarsa».

Escuriéndonos por una resbaladiza pendiente nos internamos en una inmensa cueva, cargada abundantemente de un sinnúmero de rarezas. Tendiendo la vista hacia adelante se hunde en una noche eterna. Y allá, en el fondo, de distingue, a la débil luz de nuestras lámparas, una gran cantidad de agua, que pone límite a las excursiones de los hombres.

Hasta allí se puede llegar, pero desde allí en adelante todo es sombra y misterio.

Retrocedimos sobre nuestros pasos y seguimos por el camino que da al agujero medio de la cueva de entrada. Aquel camino es el más peligroso, y hay que bajar y subir muchos peñascos, pero resulta ser un trozo de los más pintorescos. Los techos están llenos de finísimas agujas, sus paredes parecen cubiertas por pesadas y grandes cortinas, con artísticas y caprichosas arrugas.

Volvemos a estar, sin darnos cuenta, en la caverna de entrada, y nos dirigimos hacia nuestra derecha, para visitar el «Arenal». La sala principal es bastante grande: unos doce metros de longitud por ocho de latitud. Y en medio de ella hay una gran columna, con otra más pequeña, como sosteniendo aquella considerable bóveda.

Salimos de aquella bellísima «Cueva de la Sarsa» admirados por aquellas grandiosas maravillas que contiene el interior de la Mariola, y muy satisfechos de haber conocido los recónditos e innumerables atractivos, desconocidos para la mayor parte de la gente, como también por el goce experimentado ante tanta belleza natural, encerrada en el fantástico mundo subterráneo.